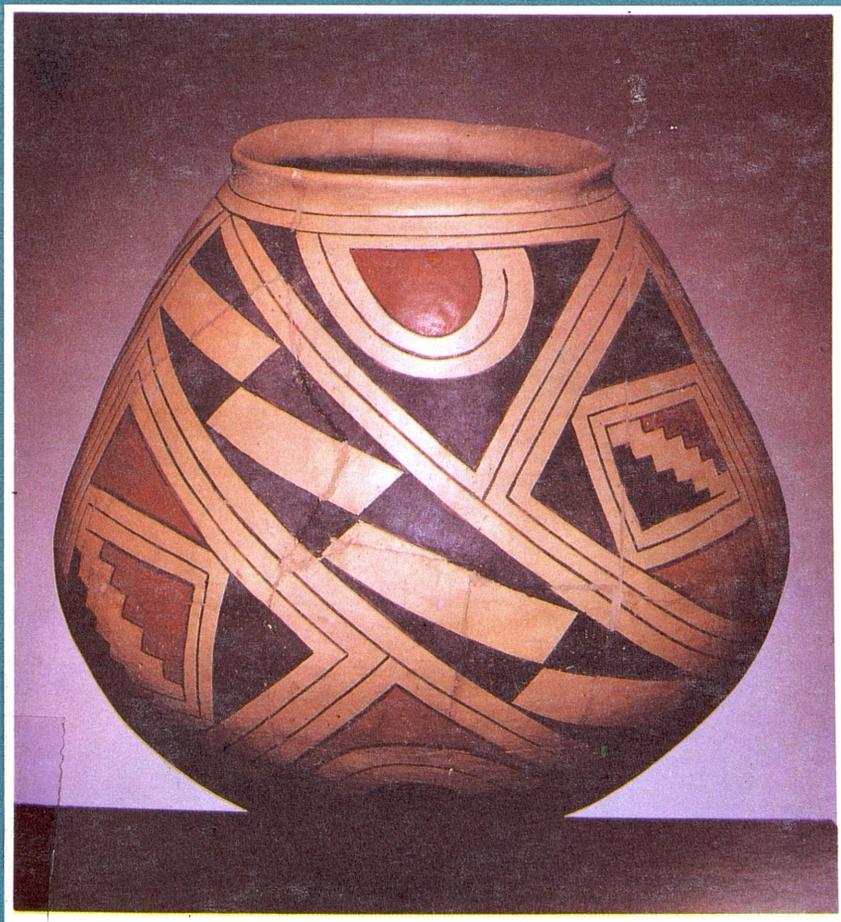


# ARQUEOLOGÍA

DEL OCCIDENTE Y NORTE DE MÉXICO

Eduardo Williams y Phil C. Weigand  
EDITORES



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

ARQUEOLOGÍA DEL OCCIDENTE Y NORTE  
DE MÉXICO

Eduardo Williams y Phil C. Weigand  
Editores



El Colegio de Michoacán

## ÍNDICE

<i>Presentación</i> Eduardo Williams	9
<i>Introducción</i> Phil C. Weigand	11
<i>Estudio del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes</i> Helen P. Pollard	29
<i>Objetos de molienda de Carapan, Michoacán, que sugieren relaciones con culturas de Centroamérica</i> Rubén Cabrera Castro	65
<i>Interpretación del material prehispánico de concha del occidente de México</i> Robert Novella	93
<i>Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa</i> Phil C. Weigand	115
<i>Investigaciones arqueológicas en los límites de Querétaro e Hidalgo (presa hidroeléctrica Zimapán)</i> Sergio A. Sánchez, Ma. Antonieta Moguel y Nelly Silva	139

*La cerámica actual y la cerámica arqueológica de la Sierra Tarahumara* 161  
Suzanne Lewenstein

*Boca de Potrerillos, Nuevo León: adaptación prehispánica a las zonas áridas del noreste de México* 177  
Solveig A. Turpin, Herbert H. Eling, Jr., y Moisés Valadez

## INTRODUCCIÓN

Phil C. Weigand<sup>1</sup>  
*El Colegio de Michoacán*

Cuatro de los artículos incluidos en este libro (los escritos por Cabrera, Novella, Sánchez *et al.*, y Lewenstein) se presentaron originalmente en la VI Mesa de Trabajo del Centro de Estudios Antropológicos, del Colegio de Michoacán, en 1992.<sup>2</sup> Los otros artículos (Pollard, Weigand y Turpin *et al.*), fueron añadidos a los anteriores para ampliar la cobertura y variedad de temas presentes en la colección original de trabajos. Con la inclusión del estudio de Turpin *et al.*, sobre el período Arcaico en la zona noreste de México, realmente esperamos recordar a los arqueólogos que trabajan en el occidente y noroccidente de México sobre la importancia de este tipo de estudio. Las investigaciones de este tipo en occidente son virtualmente inexistentes (aunque se pueden citar algunas, como la de Solórzano 1980), y la situación no es mejor para la frontera noroccidental.

Este volumen forma parte de una serie de libros que tratan sobre la arqueología del occidente, publicados recientemente por El Colegio de Michoacán (Boehm y Weigand 1992; Williams y Novella 1994; Williams [editor] 1994). El doctor Williams y yo deseamos reconocer y agradecer al Centro de Estudios Antropológicos y a la doctora Brigitte Boehm de Lameiras, Presidenta de El Colegio de Michoacán, por el apoyo otorgado a la VI Mesa de Trabajo, y a la publicación de este libro. Mientras que la presente colección de artículos no tiene un tema unificador en particular, su propósito es presentar datos empíricos que sirvan, junto con los

1. Traducido por Eduardo Williams.

2. Las ponencias sobre arqueología y etnohistoria del occidente de México presentadas en la VI Mesa de Trabajo ya han sido publicadas; ver Williams [editor] 1994.

previamente publicados, como la base necesaria para los estudios arqueológicos, antropológicos e históricos de esta zona. Pienso que, lentamente, con la publicación de obras como las citadas arriba, junto con monografías y libros sobre el occidente (ver, por ejemplo, Weigand 1993; Williams 1992a), El Colegio de Michoacán está contribuyendo a llenar un vacío, tanto empírico como teórico, que desde hace mucho tiempo se ha hecho patente en nuestros conocimientos sobre el período prehispánico de esta vasta y mal comprendida zona cultural.

El propósito de la parte restante de esta introducción, será discutir críticamente varios temas de investigación y de interés teórico para la arqueología del occidente y noroeste de Mesoamérica. Trataré con dos temas: la necesidad de arqueología antropológica en el occidente, y los peligros del “ceramocentrismo”.<sup>3</sup> Mientras que nadie disputa el hecho de que la cerámica antigua es una de las más accesibles formas de información material para el arqueólogo, hay mucho menos convergencia de opiniones sobre la validez que este material tiene para la interpretación antropológica de las sociedades antiguas. Sin duda la cerámica antigua ofrece espléndidas oportunidades para el estudio de elementos como estilo, especialización, distribución, tecnología, etc., y ningún investigador con sentido común pondría en duda la posibilidad que da la cerámica de aprender algo valioso, especialmente si se sigue el enfoque de la ecología cerámica (v. gr. Matson 1965; Kolb 1988, 1989; Rice 1987, y otros), refinado más aún con la perspectiva de la etnoarqueología (Gould 1980; Kramer 1985; Longacre 1992); en occidente este enfoque ha tenido también aplicación (ver, por ejemplo Williams 1992b, 1992c, 1994a, 1994b, s.f; Weigand 1968, 1989). La reciente disertación de Aronson (1993) demuestra lo que puede realizarse en esta región utilizando el enfoque de la ecología cerámica.

Sin embargo, los arqueólogos frecuentemente han colocado a la cerámica en un “pedestal conceptual”, dándole una carga interpretativa

3. Este término lo he empleado para calificar al énfasis que se da sobre los estudios cerámicos, muchas veces hasta la casi exclusión del resto de los datos arqueológicos, así como a la primacía dada a la cerámica al tratar temas como cronología, distribución y estudios de cultura material. Este énfasis sobre la cerámica generalmente se presenta carente de una posición analítica más balanceada.

irremediamente mayor a la que este tipo de datos puede sobrellevar. No es una carga que deba de soportar la cerámica, si realmente estamos interesados en una arqueología antropológica del occidente y noroeste de México. A través de las décadas, el enfoque de la investigación arqueológica en estas regiones (al igual que en muchas otras) ha consistido en examinar primero a la cerámica, estableciendo sus tipologías, la cronología de sus cambios, las fronteras de distribución de varios tipos, y después hacer que los demás datos arqueológicos (si acaso existen) se amolden dentro de ese limitado marco. Claramente, no tiene nada de malo establecer cronologías, distribuciones o tipologías en base a la cerámica; el error consiste en reducir todos los demás datos arqueológicos (v.g.: arquitectura, ceremonialismo funerario, *assemblages* líticos, etc.) para que concuerden con estos criterios tan específicos. Esto es reduccionismo empírico, y el reduccionismo en la arqueología siempre ha sido contraproducente, especialmente porque la base de datos es tan limitada e incompleta.

El “enfoque conjuntivo” de Walter Taylor (1948) reconoció firmemente la necesidad de maximizar la base de datos arqueológicos si se pretende plantear (e idealmente resolver) preguntas antropológicas sobre el pasado. Esta propensión de reducir los datos arqueológicos para ajustarse a la tipología, distribución, estilos, y otros rasgos de la cerámica, aparte de crear sistemas poco realistas de encasillar los datos, produce un sentido falso del pasado. Nosotros creamos “provincias cerámicas”, las llamamos “culturas”, y luego las manipulamos como si se tratara de entidades sociales. Esto simplemente no puede hacerse: no es válido ni lógico. En el mejor de los casos puede llegar simplemente a ser historia del arte, y en el peor de los casos es un escolasticismo; en ningún momento se trata de arqueología antropológica.

Examinemos ahora tres situaciones arqueológicas en occidente y en el noroeste de Mesoamérica, como ejemplo de la manera en que el “ceramocentrismo” ha afectado negativamente nuestra habilidad de entender el pasado. Yo sé que gran parte de lo que sigue será controversial; de hecho, se supone que lo sea. Pero no hay ninguna intención de hacer polémica; no tengo nada sino el más alto respeto para las investigaciones y contribuciones de los arqueólogos que se citan en el siguiente comenta-

rio. Pero a menos que estemos dispuestos a reexaminar las premisas básicas que subyacen la caracterización arqueológica del occidente, nunca podremos refinar nuestra conceptualización de esta vasta zona. Debemos de presentar nuestras conclusiones de manera que tengan significado más allá de las consideraciones de la historia del arte y/o tecnología cerámica. La meta última, después de todo, es la presentación de una visión antropológica de las sociedades antiguas en esta gran región. No hay lugar para los dogmas dentro de la arqueología antropológica.

#### LAS PROVINCIAS CERÁMICAS DE LA ZONA LACUSTRE DE JALISCO

En la década de 1940-50, tanto Isabel Kelly como Pedro Armillas presentaron de manera independiente mapas del occidente de México en sus respectivas contribuciones a la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (1948), señalando lo que ellos pensaban era la distribución de cerámica dentro del occidente y parte del noroeste de México. El comparar ambos mapas entre sí resulta bastante ilustrativo: son muy similares, y dan un sentimiento de confianza en que el esbozo de las distribuciones cerámicas para el occidente podía ser entendido. Ni Kelly ni Armillas pensaron alguna vez que sus provincias cerámicas serían algo más que un artefacto heurístico, útil para el estudio del occidente. Armillas (comunicación personal) fue bastante enfático sobre este punto. El mapa de Kelly llegó a ser el mejor conocido de los dos, puesto que ella dedicó casi toda su vida profesional a su establecimiento y refinamiento, aparte de reconocimientos de superficie en una variedad de contextos y excavaciones de prueba en sitios seleccionados. De hecho, gran parte del material presentado en el mapa de Armillas se deriva de los datos de Kelly, pero también lo opuesto es cierto, puesto que los recorridos de Armillas lo llevaron a lugares que Kelly no había visitado.

¿Cómo se introdujo el ceramocentrismo en el occidente? Ciertamente, el clima intelectual dentro de la arqueología que todavía permite un énfasis tan fuerte sobre la cerámica tiene sus raíces generales en las ideas de Gustav Kossinna (la escuela *kulturkreis* de cultura material), y en el

concepto de “área cultural” de Clark Wissler y Alfred Kroeber, que se iniciaron a fines del siglo XIX y florecieron, con modificaciones, en la primera mitad de este siglo. Más específicamente, sin embargo, fue la exposición que Isabel Kelly, Carl Sauer y Donald Brand tuvieron a la arqueología americanista, especialmente como se practicaba en el suroeste de los Estados Unidos, lo que le dio tal fuerza y prestigio al enfoque de “provincias cerámicas”. (Aunque Isabel Kelly, como ya se mencionó, posteriormente tuvo dudas sobre su aplicabilidad generalizada y “fosilización” en occidente).

En el suroeste de los Estados Unidos, durante las décadas de los veinte y de los treinta, las técnicas y metodologías arqueológicas estaban avanzando como nunca antes —la excitación de ver cómo se descubría toda una región fue pronunciada, y Kelly, Brand y Sauer fueron todos participantes directos. Los dirigentes de la profesión arqueológica en el suroeste propusieron una serie de argumentos bastante sofisticados, basados en tipos, estilos y distribuciones de cerámica, que parecían explicar la diversidad y dinámica cultural dentro de la zona. Entre las investigaciones más avanzadas estaban las de Alfred Kidder; la influencia de su tipología cerámica de Pecos, publicada en 1931-36 con el título de *The pottery of Pecos*, se sintió en todo el Nuevo Mundo. Junto con Roberts (1935, 1937), Mera (1935) y Shepard (1942), Kidder ofreció una visión comprensiva, si bien ceramocéntrica, de la sociedad antigua del suroeste, una visión que todavía domina en gran medida la arqueología de esa área. Hubo bastante buena suerte en la definición inicial de las provincias cerámicas en el suroeste de los Estados Unidos: por ejemplo, la línea divisoria entre pinturas a base de carbón y a base de minerales se convirtió en la línea que por primera vez dividió a los anazasi occidentales de los orientales (aproximadamente sobre la frontera entre los actuales estados de Arizona y Nuevo México). Esa línea, como después se vio, realmente existía en términos de arquitectura, sistemas de asentamiento y otros conjuntos de datos arqueológicos (aunque no tan exactamente como se creía, especialmente durante el período de mayor desarrollo de Chaco Canyon, ca. 1000-1200 d.C.). Esta división entre pintura de carbón y de mineral se convirtió en una incómoda realidad para la evaluación de la evolución de los sistemas sociales antiguos del suroeste.

Impulsados por este aparente éxito durante la década de los treinta, los proponentes de los estudios cerámicos como explicación principal en la arqueología del suroeste obtuvieron una ventaja interpretativa sobre los que querían enfatizar la arquitectura, o una aproximación más integral hacia la cultura material arqueológica.

Es importante recordar que la monografía de Taylor anteriormente citada (1948) se basa en una investigación que fue en realidad hecha y terminada a fines de la década de los treinta, el mismo período de la consolidación inicial de la escuela ceramocéntrica de la arqueología del suroeste. Las políticas académicas, los trastornos sociales ocasionados por la Segunda Guerra Mundial, junto con el encarcelamiento de Taylor en un campo de concentración alemán, retardaron su publicación hasta fines de los años cuarenta. De esa forma, el ceramocentrismo estuvo sujeto a una evaluación crítica desde el principio. Sin embargo, desde la fecha de publicación de la tipología de Pecos, la arquitectura y otros aspectos del ámbito material han sido encasillados dentro de las categorías restrictivas de tipos cerámicos, cronologías cerámicas, etc. De esa forma, Isabel Kelly, Donald Brand y Carl Sauer estaban al tanto de las más avanzadas escuelas de arqueología de campo de la época. Era algo natural y de esperarse que ellos introdujesen el concepto de provincias cerámicas en los sectores occidental y noroccidental de México, como de hecho hicieron.

Los anteriores fueron esfuerzos pioneros para entender al occidente, los primeros pasos —muy necesarios— hacia el establecimiento de un marco regional y hacia el análisis de los apuntalamientos de las culturas antiguas en un sector grande y completamente desconocido de Mesoamérica. Con la publicación del estudio distribucional de Lister (1955) y de la todavía excelente síntesis de Bell (1971) en el *Handbook of Middle American Indians*, los estudios cerámicos dentro del contexto de las provincias cerámicas, fueron llevados hasta su conclusión lógica. Pero tanto Lister como Bell (comunicaciones personales) también consideraban al enfoque de las provincias cerámicas como solamente un paso hacia un entendimiento antropológico más completo del occidente. Lo que había pasado, sin embargo, fue algo completamente diferente: de manera imperceptible, las provincias cerámicas se habían convertido en

“culturas”, y después se relacionaron con los supuestamente pequeños y belicosos cacicazgos que los españoles encontraron en la primera mitad del siglo XVI. La lectura al pie de la letra de las fuentes etnohistóricas, sin contextualizarse con los estudios arqueológicos pertinentes (ver a Weigand 1993 para un más profundo análisis de esta situación), se ligó con las culturas arqueológicas (o sea, “provincias cerámicas”).

Según todo lo anterior, el occidente se podía caracterizar de la siguiente manera: sociedades a pequeña escala, bajos perfiles demográficos, toda una lista de “no hay” (o sea, no había arquitectura monumental, solamente había las especializaciones del tipo más básico, y asentamientos pequeños y relativamente sencillos, etc.). El problema más grande con este enfoque del “no hay”, al basarse en la conceptualización del occidente a través de las provincias cerámicas, es que es falso. Cada punto en la lista de “no hay”, desde la arquitectura monumental y grandes sistemas de asentamiento hasta vastos complejos de irrigación, están de hecho presentes en occidente. Hers (comunicación personal) ha llamado a la conceptualización que resultó de esta caracterización del occidente como “Formativo eterno”. Mi propia forma de llamarlo (Weigand 1985) es el “complejo de la simplicidad”.<sup>4</sup> Resultó ser que la más grande categoría de “no hay”, o sea lo que realmente hacía falta, era trabajo de campo orientado hacia preguntas antropológicas, en lugar de aquellas basadas —de manera consciente o no— en consideraciones propias de la historia del arte. Esta caracterización totalmente errónea del occidente ha sido “santificada” en el Museo Nacional de Antropología, aparentemente con pocas esperanzas de que esta situación se remedie en el futuro cercano. La lección que debe de aprenderse de todo esto es que las “provincias cerámicas” son solamente un paso hacia la caracterización de las culturas arqueológicas de cualquier zona. No pueden convertirse en entidades antropológicas, como por ejemplo culturas.

El enfoque ceramocéntrico, además, puede obscurecer cambios en el orden social que son realmente importantes y básicos. Por ejemplo, en la región Teuchitlán-Etztatlán de Jalisco, las lozas Rojo sobre Crema/Blanco cambian muy gradualmente durante la época entre 200

4. Ver a Williams (1994c) para una síntesis de los distintos puntos de vista sobre este tema.

a.C. y 500 d.C., pero durante este mismo tiempo los sistemas sociales del área sufrieron cambios revolucionarios: implosión de la población; evolución de una “área económica clave” (*cf.* Chi 1936) incluyendo sistemas de irrigación y de terrazas muy desarrollados; evolución de zonas habitacionales muy grandes, de las cuales la de Teuchitlán pudo haber tenido características urbanas; especialización artesanal en la manufactura de obsidiana y *cloisonné*, etc. Estos son procesos sociológicos muy importantes que estaban completamente enmascarados por el enfoque ceramocéntrico dentro de la arqueología del occidente. Es bien cierto que nosotros con frecuencia encontramos solamente aquello que buscamos: si estamos buscando provincias cerámicas en lugar de sistemas sociales, entonces eso es seguramente lo que encontraremos.

#### EL COMPLEJO AZTATLÁN

En realidad, la mayor parte de los puntos han sido cubiertos en las anteriores páginas. Las interminables discusiones sobre cómo caracterizar al complejo, u horizonte, Aztatlán, se encuentran firmemente basadas en esquemas conceptuales ceramocéntricos. Mientras se siga subordinando esta discusión a la distribución de cerámica, la naturaleza social del horizonte Aztatlán —si es que realmente existió— está destinada a ser una continua frustración. Como señalaron Sauer y Brand en su estudio original (1932), seguidos por el estudio cerámico preliminar de Brand (1935) y confirmado por Kelly en sus excavaciones de Chametla (1938) y Culiacán (1945), un sobresaliente estilo cerámico (o serie de estilos íntimamente relacionados entre sí) parece haberse difundido de sur a norte, eventualmente influenciando a las sociedades antiguas dentro de lo que hoy es el suroeste de los Estados Unidos. Según los trabajos tempranos realizados por J. Charles Kelley (1974), las cerámicas Aztatlán representan un “horizonte estilo”, con su ulterior inspiración dentro de la zona Puebla-Mixteca, y llevado por grupos de *pochteca* cada vez más hacia el norte, como parte del “avance hacia el norte de la cultura mesoamericana” (Kelley 1974:19; de hecho estas palabras se encuentran en el subtítulo del artículo de Kelley). Mientras que no es justo seguir caracterizando los

pensamientos de Kelley completamente siguiendo esta línea de razonamiento, el propósito de esta discusión es ilustrar cómo pueden desarrollarse muy complejos argumentos a partir de tan pocos datos, involucrando a horizontes-estilos, *pochteca*, la marcha hacia el norte de la civilización, etc.

Los fenómenos sociales mencionados anteriormente, que implican la existencia de comercio organizado, y la difusión de casi todo el inventario ideológico de una civilización, no pueden ser razonablemente deducidos solamente a partir de la aparición y difusión de un estilo cerámico. Tales deducciones deberán de esperar reconocimientos de campo sistemáticos, la evaluación de paisajes culturales y patrones de asentamiento, estudios detallados de organización comunitaria, arquitectura, etc. Holien (1977) ha cuestionado incluso las raíces Puebla-Mixteca del estilo policromo más frecuentemente asociado con la supuesta difusión del complejo Aztatlán. Él señala, como lo hago yo en otro estudio (Weigand 1992), las continuidades visibles entre la iconografía del período Clásico de la Tradición Teuchitlán y los estilos policromos Iguanas-Roblitos del Epiclásico y Postclásico temprano (*cf.* Bell 1960, 1971; Meighan 1976). Las actuales investigaciones de Mountjoy (1990, 1993), que enfatizan un inventario cultural mucho más amplio, así como las de Hosler (1988), Publ (1986) y otros, seguramente llevarán a un análisis crítico de la centralidad de la cerámica dentro del concepto del complejo Aztatlán, llegando incluso a modificarlo. Yo estoy seguro de que Sauer y Brand se asombrarían de la larga pero restringida vida que su concepto alcanzó en la arqueología del noroccidente de Mesoamérica. No se suponía que estuviese escrito en piedra.

#### LA CULTURA CHUPÍCUARO

A mi parecer, este es otro ejemplo, tal vez más insidioso, del ceramocentrismo irrestricto dentro de la arqueología mesoamericana. De un cementerio prehispánico en Guanajuato con muy poca arquitectura de superficie, se recobró una serie compleja de cerámica elaborada (Porter 1956; Florance 1985, 1989). Estos hallazgos son importantes, y nos

ofrecen una visión de la iconografía del Formativo tardío, por la riqueza de símbolos representados, junto con la tecnología y morfología de la cerámica. Pero de esta limitada base de datos ha surgido una “cultura” que influyó a grandes regiones de Mesoamérica, especialmente en el occidente (*cf.* Schöndube 1980).

Dejando a un lado el problema de si Chupícuaro es un “sitio tipo” (entonces presumiblemente justificando su papel central en la cultura conocida por su nombre), uno se podría hacer las siguientes preguntas: solamente porque un complejo cerámico se define primeramente en un sitio, ¿significa automáticamente que se puede construir una cultura a partir de ese complejo? (Esta pregunta también podría formularse para la cultura Capacha del Formativo). ¿Por qué y cómo un complejo funerario cerámico definido como una unidad de un solo sitio, se convierte en el foco de influencias amplias involucrando la evolución cultural e interrelaciones del centro de México hacia occidente? Podríamos seguir con preguntas de este tipo, pero no se pueden contestar con un punto de vista ceramocéntrico de los sistemas socioculturales antiguos. De hecho, no se ha demostrado la existencia de la “cultura Chupícuaro” fuera de este complejo cerámico funerario. Este último no es suficiente como para definir a toda una cultura, por lo cual no es válido ni lógico que esto se haya intentado en el pasado. El complejo de cerámica funeraria encontrado en Chupícuaro no constituye una “cultura”, usando cualquiera de las definiciones actualmente aceptadas de tal término. Tampoco merece, sin mayor contextualización, el papel central que se le ha asignado en la evolución cultural de las sociedades del Formativo tardío en Guanajuato o en otros lugares. El concepto de “cultura Chupícuaro” es incluso peor que el de las “provincias cerámicas” del occidente o el de “horizonte Aztatlán”. Según la definición que se le asigna, representa una visión heliocéntrica del desarrollo cultural a partir de un solo cementerio. El trabajo de Florance (1985, 1989) está orientado hacia la definición de un sistema de asentamientos en el área de Chupícuaro, Guanajuato. Estos estudios, junto con el proyecto del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos cerca de Zacapu, Michoacán (Michelet *et al.*, 1989, Carot 1992, 1994), probablemente ofrecerán un contexto mucho más amplio para el complejo cerámico funerario de Chupícuaro.

Si las cerámicas se descontextualizan analíticamente de la matriz sociocultural en la que se han encontrado, y si se convierten en el foco principal o exclusivo de investigaciones arqueológicas, entonces ya no estamos practicando la antropología. Es completamente inútil debatir preguntas de contenido antropológico general a partir de una base de datos así de limitada y poco representativa; las prioridades están equivocadas. **Los argumentos sociológicos requieren de datos que tengan contenido social.** Mientras que esto incluye a la ecología cerámica, también incluye la evolución de un paisaje cultural, la arquitectura, los patrones de asentamiento de zona y de comunidad, la demografía, los perfiles de recursos estratégicos y escasos, la especialización productiva y de artesanías, etc. Estos datos sí se pueden obtener, como lo demuestran literalmente cientos de proyectos arqueológicos alrededor del mundo.

Desde una perspectiva antropológica, las cerámicas arqueológicas son solamente *parte* de la base de datos global; deben de ser completamente contextualizadas a fin de que sirvan como elementos explicativos de los sistemas socioculturales y de su desarrollo. La producción y distribución de cerámica muy frecuentemente no tiene el mismo peso sociológico que, por ejemplo, el diseño y construcción de recintos ceremoniales o ciudades. La arquitectura puede tener su propia secuencia de desarrollo, la cual puede ser o no evidente en la cerámica. Para el desarrollo de secuencias, todos los datos existentes deben de emplearse, sin que la cerámica tenga necesariamente la prioridad. Como Taylor decía hace muchos años (1948), es el enfoque conjuntivo, la maximización de la base de datos global, lo que nos dará la mejor oportunidad de tener una arqueología antropológica en occidente. Desde la perspectiva del enfoque conjuntivo, la cerámica no puede ni debe de ser el primero, mucho menos el exclusivo, foco de las investigaciones arqueológicas. La arqueología ceramocéntrica no es antropología. Nuestra meta siempre ha sido, y debe de continuar siendo, el entendimiento antropológico de las sociedades del pasado. Esto debe de ser cierto también para el occidente.

BIBLIOGRAFÍA

ARMILLAS, Pedro

- 1948 “Arqueología del occidente de Guerrero”, en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 74-76.

ARONSON, Meredith

- 1993 *Technological change: West Mexican mortuary ceramics*, disertación doctoral, Universidad de Arizona, Tucson.

BELL, Betty

- 1960 *Analysis of ceramic style: a west Mexican collection*, disertación doctoral, Universidad de California, Los Angeles.
- 1971 “Archaeology of Nayarit, Jalisco and Colima”, en *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 11, editado por R. Wauchope, University of Texas Press, Austin, pp. 694-753.

BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte y P.C. Weigand (coordinadores)

- 1992 *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

BRAND, Donald

- 1935 “The distribution of pottery types in northwest Mexico”, *American Antiquity*, 37(2):287-305.

CAROT, Patricia

- 1992 “La cerámica protoclásica del sitio de Loma Alta, Municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos”, en *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, coordinado por Brigitte B. de Lameiras y P.C. Weigand, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp.69-101.

1994 “Loma Alta: antigua isla funeraria en la ciénega de Zacapu, Michoacán”, en *Arqueología del Occidente de México: nuevas aportaciones*, coordinado por Eduardo Williams y R. Novella, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 93-122.

CHI, Ch'ao-ting

1936 *Key economic areas in Chinese history, as revealed in the development of public works for water control*, Londres.

GOULD, Richard

1980 *Living archaeology*, Cambridge University Press.

FLORANCE, Charles

1985 “Recent work in the Chupícuaro region”, en *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por Michael Foster y P.C. Weigand, Westview Press, Boulder, pp. 9-45.

1989 *A survey and analysis of late and terminal Preclassic settlement along the Lerma River in southeastern Guanajuato, Mexico* (2 vols.), disertación doctoral, Columbia University, University Microfilms International.

HOLIEN, Thomas

1977 *Mesoamerican pseudo-cloisonné and other decorative investments*, disertación doctoral, Southern Illinois University.

HOSLER, Dorothy

1988 “Ancient West Mexican metallurgy: South and Central American origins and West Mexican transformations”, *American Anthropologist*, 90(4):832-855.

KELLEY, J. Charles

1974 “Speculations on the culture history of northwestern Mesoamerica”, en *The archaeology of West Mexico*, editado por B. Bell, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, pp.19-39.

KELLY, Isabel

- 1938 *Excavations at Chametla, Sinaloa*, Ibero Americana, 14, University of California, Berkeley.
- 1945 *Excavations at Culiacan, Sinaloa*, Ibero Americana, 25, University of California, Berkeley.
- 1948 "Ceramic provinces of northwest Mexico", en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, pp.55-71.

KIDDER, Alfred

- 1931-6 *The pottery of Pecos* (2 vols.), Papers of the Southwest Expedition, 7, Yale University Press, New Haven.

KOLB, Charles C. (editor)

- 1988 *Ceramic ecology revisited 1987: the technology and socioeconomics of pottery* (2 vols.), British Archaeological Reports, Oxford.
- 1989 *Ceramic ecology 1988: current research on ceramic materials*, British Archaeological Reports, Oxford.

KRAMER, Carol

- 1985 "Ceramic ethnoarchaeology", en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 14, editado por B.J. Siegel, A.R. Beals y S.A. Tyler, Palo Alto, California, pp. 77-102.

LISTER, Robert

- 1955 *The present status of the archaeology of West Mexico: a distributional study*, University of Colorado Studies in Anthropology, 5, Denver.

LONGACRE, William A. (editor)

- 1992 *Ceramic ethnoarchaeology*, University of Arizona Press.

MATSON, Frederick (editor)

- 1965 *Ceramics and man*, Chicago, Aldine.

MEIGHAN, Clement (editor)

1976 *The archaeology of Amapa, Nayarit*, Monumenta Archaeologica 2, Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

MERA, Harry

1935 *Ceramic clues to the prehistory of north central New Mexico*, New Mexico Archaeological Survey, Laboratory of Anthropology Technical Series Bulletin 8, Santa Fe.

MICHELET, Dominique, M.C. Arnauld y M.F. Fauvet-Berthelot

1989 "El proyecto CEMCA en Michoacán: etapa I, un balance" *Trace*, 16:70-87.

MOUNTJOY, Joseph

1990 "El desarrollo de la cultura Aztatlán en el Occidente de México visto desde su frontera sur-oeste", en *Mesoamérica y norte de México siglo IX-XII. Seminario de arqueología "Wigberto Jiménez Moreno"*, coordinado por Federica Sodi Miranda, INAH, pp.541-564.

1993 "Las transformaciones más importantes en la habitación individual de la costa del occidente de México", Ponencia presentada en el *II Coloquio de Occidentalistas*, Laboratorio de Antropología, Universidad de Guadalajara.

PUBL, H.

1986 *Prehispanic exchange networks and the development of social complexity in western Mexico: the Aztatlán interaction sphere*, disertación doctoral, Southern Illinois University, University Microfilms International, Ann Arbor.

PORTER, Muriel

1956 *Excavations at Chupícuaro, Guanajuato, Mexico*, Transactions of the American Philosophical Society, 46(5), Philadelphia.

RICE, Prudence

1987 *Pottery analysis: a sourcebook*, University of Chicago Press.

ROBERTS, Frank

1935 "A survey of southwestern archaeology", *American Anthropologist*, 37(1):1-35.

1937 "Archaeology in the southwest", *American Antiquity*, 3(1):3-33.

SAUER, Carl y D. Brand

1932 *Aztatlán: prehistoric Mexican frontier on the Pacific coast*, Ibero-Americana 1, University of California, Berkeley.

SCHÖNDUBE, Otto

1980 "Época prehispánica", en *Historia de Jalisco*, editado por J.M. Muriá, Vol. I, Gobierno de Jalisco, Guadalajara, pp. 111-257.

SHEPARD, Anna

1942 *Río Grande paint ware: a study illustrating the place of ceramic technological analysis in archaeological research*, Contributions to American Anthropology and History 39, Carnegie Institute of Washington Publication 528.

SOLÓRZANO, Federico

1980 "Prehistoria", en *Historia de Jalisco*, editado por J.M. Muriá, Vol. I, Gobierno de Jalisco, Guadalajara, pp.87-110.

TAYLOR, Walter W.

1948 *A study of archaeology*, American Anthropological Association, Washington, D.C.

WEIGAND, Phil C.

1969 *Modern Huichol ceramics*, Mesoamerican Studies, Research Records of the University Museum 69(3), Southern Illinois University, Carbondale, Illinois.

- 1985 “Evidence for complex societies during the western Mesoamerican Classic period”, en *Archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por M. Foster y P.C. Weigand, Westview Press, Boulder, Colorado, pp.47-91.
- 1992 “¿Ehécatl: primer dios supremo del Occidente?”, en *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, coordinado por Brigitte B. de Lameiras y P.C. Weigand, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 205-237.
- 1993 *Evolución de una civilización prehispánica: arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, El Colegio de Michoacán.
- 1994 “*Rerum Novarum*: el mito de Mexcaltitán como Aztlán”, en *Arqueología del Occidente de México: nuevas aportaciones*, coordinado por Eduardo Williams y R. Novella, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 363-381.
- 1994 “Obras hidráulicas a gran escala en el Occidente de Mesoamérica”, en *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, editado por Eduardo Williams, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 227-277.

WEIGAND, P.C. y Celia García de Weigand

- 1989 “An ethnographical consideration of an archaeological problem: ceramic production in Western Mexico, a case study”, en *Homenaje a Isabel Kelly*, coordinado por Yólotl González, México, INAH, pp. 175-186.

WILLIAMS, Eduardo

- 1992a *Las piedras sagradas: escultura prehispánica del Occidente de México*. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- 1992b “Ecología de la producción cerámica en Teponahuasco, Jalisco”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, XIII(49): 103-128.
- 1992c “Pots, pans, and people: ceramic ecology in west Mexico”, *PIA: Papers from the Institute of Archaeology*, 3:44-51. University College, Londres.

- 1994a “Ecología cerámica en Huáncito, Michoacán”, en *Arqueología del Occidente de México: nuevas aportaciones*, coordinado por Eduardo Williams y R. Novella, El Colegio de Michoacán, pp. 319-362.
- 1994b “Organización del espacio doméstico y producción cerámica en Huáncito, Michoacán” en *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, editado por Eduardo Williams, El Colegio de Michoacán, pp.189-226.
- 1994c “El Occidente de México: una perspectiva arqueológica”, en *Arqueología del Occidente de México: nuevas aportaciones*, coordinado por Eduardo Williams y R. Novella, pp. 11-60.
- s.f. “Ceramic ecology in Huancito, Michoacan, Mexico” en *Ceramic ecology: material culture past and present*, editado por Charles C. Kolb y P. Arnold, Prehistory Press, Maddison, Wisconsin (en prensa).

WILLIAMS, Eduardo (editor)

- 1994 *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

WILLIAMS, Eduardo y R. Novella (coordinadores)

- 1994 *Arqueología del Occidente de México: nuevas aportaciones*, El Colegio de Michoacán, Zamora.